

Joseph Conrad: el mar y los libros

por Vicente Muñoz Puelles*

Joseph Conrad (1857-1924) perdió a su madre a los siete años de edad. Fue durante el verano siguiente, el de 1866, cuando su tío Tadeusz Bobrowski lo llevó a Odessa, en el Mar Negro, con la esperanza de restablecer su salud. Conrad debió ver allí el mar por primera vez, pero era demasiado pequeño para que aquel primer encuentro tuviera trascendencia.

Su padre se convirtió en un hombre enfermo, imbuido de misticismo y obsesionado por el recuerdo de su mujer. «Ignoro qué habría sido de mí sin la afición a la lectura —escribiría Conrad muchos años después—. Al acabar las clases no habría tenido más ocupación que sentarme y aguardar a que, fluyendo a través de la puerta cerrada, la terrible quietud de la habitación del enfermo sobrecogiese mi ya atemorizado corazón. Supongo que de algún modo me habría vuelto loco. Pero era un gran lector. Había muchos libros en torno, desperdigados sobre aparadores, mesas y hasta en el suelo, por falta de tiempo para ordenarlos. ¡Y leí! ¿Qué no llegué a leer? En ocasiones, la mayor de las monjas —había dos cuidando a mi padre—

se detenía junto a mí y, tras una mirada llena de desconfianza a las páginas abiertas, apoyaba levemente su mano en mi cabeza y me decía, en un susurro dubitativo: 'quizá no te convenga demasiado leer esos libros'. Yo alzaba los ojos hacia su rostro, silenciosamente, y con un vago gesto de renuncia ella se alejaba.»⁽¹⁾

Tenía once años cuando, al morir su padre, quedó bajo la tutela de su tío Tadeusz. Era demasiado inquieto para los estudios, y pronto empezó a presionar para que se le permitiese ingresar en la marina mercante. Treinta años después, y considerando aquel período de su vida, llegó a la conclusión de que su imaginación había sido seducida por sus lecturas marineras: *Los trabajadores del mar* —que había leído en una traducción de su padre—, las novelas del Capitán Marryat y de Fenimore Cooper y los relatos de famosas expediciones, como el *Viaje del «Fox» al Océano Ártico*, del obstinado McClintock. Recordaba también otros libros de viajes que, aunque no relacionados directamente con el mar, habían estimulado su afán aventurero: los relatos de las expediciones de Mungo Park, Ja-

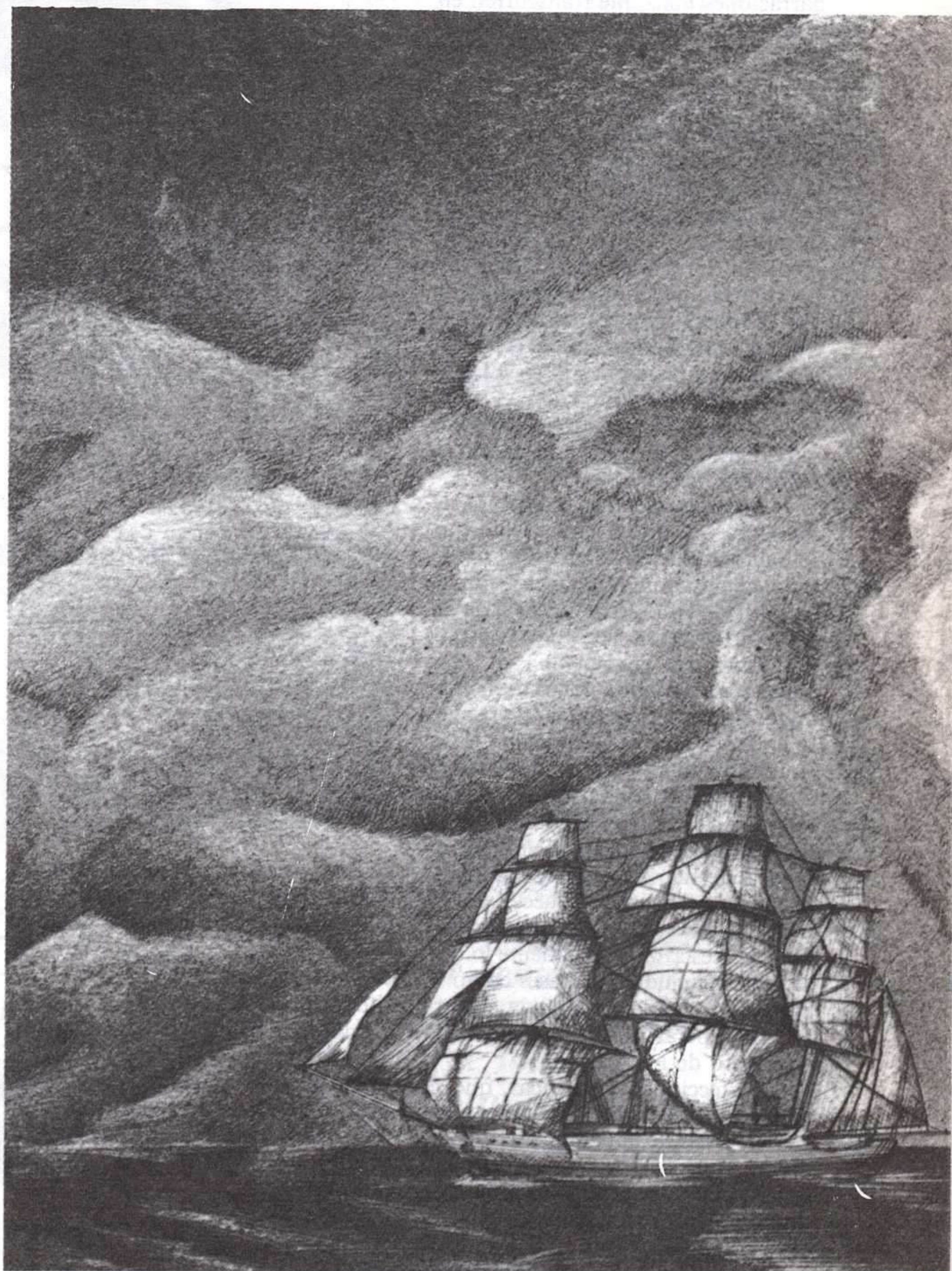
mes Bruce y Livingstone al interior de África. En un ensayo titulado *La geografía y algunos exploradores* escribió acerca del libro de McClintock: «El vigor del relato propició las románticas exploraciones de mi propio yo y la afición a escudriñar mapas, y me reveló la existencia de una latente devoción hacia la geografía que interfería con el resto de mi trabajo escolar».⁽²⁾ En el mismo ensayo refirió una historia que ya había contado anteriormente: a los nueve años, señalando en un mapa de África un espacio en blanco, había dicho con determinación: «Cuando sea mayor iré allí».

Hay vidas que parecen concebidas y desarrolladas de acuerdo con un programa íntimo. Joseph Conrad convenció a su tío para que le autorizase a viajar a Marsella, y durante los veinte años siguientes —desde los diecisiete a los treinta y siete— navegó en múltiples embarcaciones por todos los océanos, y conoció una amplia variedad de paisajes y caracteres, que luego nutrirían su obra. Solía decir que antes de empezar su primera novela sólo había escrito cartas, y no muchas. Su segunda vocación no se con-

cretó hasta el otoño de 1887, mientras aguardaba en Londres el eventual mando de un barco. Estaba sin trabajo y quizá se sentía insatisfecho por el aparente vacío de su existencia, un estado mental que a menudo precede a la actividad creadora. Pero la redacción de *La locura de Almayer*⁽³⁾ se vería interrumpida por la más intensa de sus aventuras. Desde niño había querido viajar al corazón de África, y ese deseo se avivó al leer en los periódicos de 1889 frecuentes reportajes sobre las accidentadas expediciones de Henry Morton Stanley y Carl Peters en busca de Emin Pachá. Fue a Bruselas, donde tenía su sede la *Société Anonyme pour le Commerce du Haut-Congo*, y usó todas sus influencias para conseguir el mando de un vapor en el río Congo. Sólo permanecería cuatro meses en África. En aquellas tierras sufrió una conmoción psicológica e incluso metafísica, y contrajo la malaria. Nunca había sido demasiado fuerte, y el clima del Congo afectó permanentemente su salud; durante el resto de su vida tendría ataques de gota y fiebre recurrente.

A veces las enfermedades deciden la suerte de los escritores. Incapaz de obtener un nuevo mando y mientras continuaba escribiendo, Conrad embarcó como primer oficial e hizo dos viajes de ida y vuelta a Australia en un buque de pasajeros. En 1894, a los treinta y siete años —siete después de haber empezado su redacción— envió el manuscrito de *La locura de Almayer* al editor Fisher Unwin, que lo aceptó y le animó a perseverar. La trayectoria marítima de Joseph Conrad había concluido, y comenzaba la vida, no menos rigurosa, del escritor profesional.

Aunque es un escenario frecuente en sus obras, Conrad siempre se defendió vehementemente contra el ape-



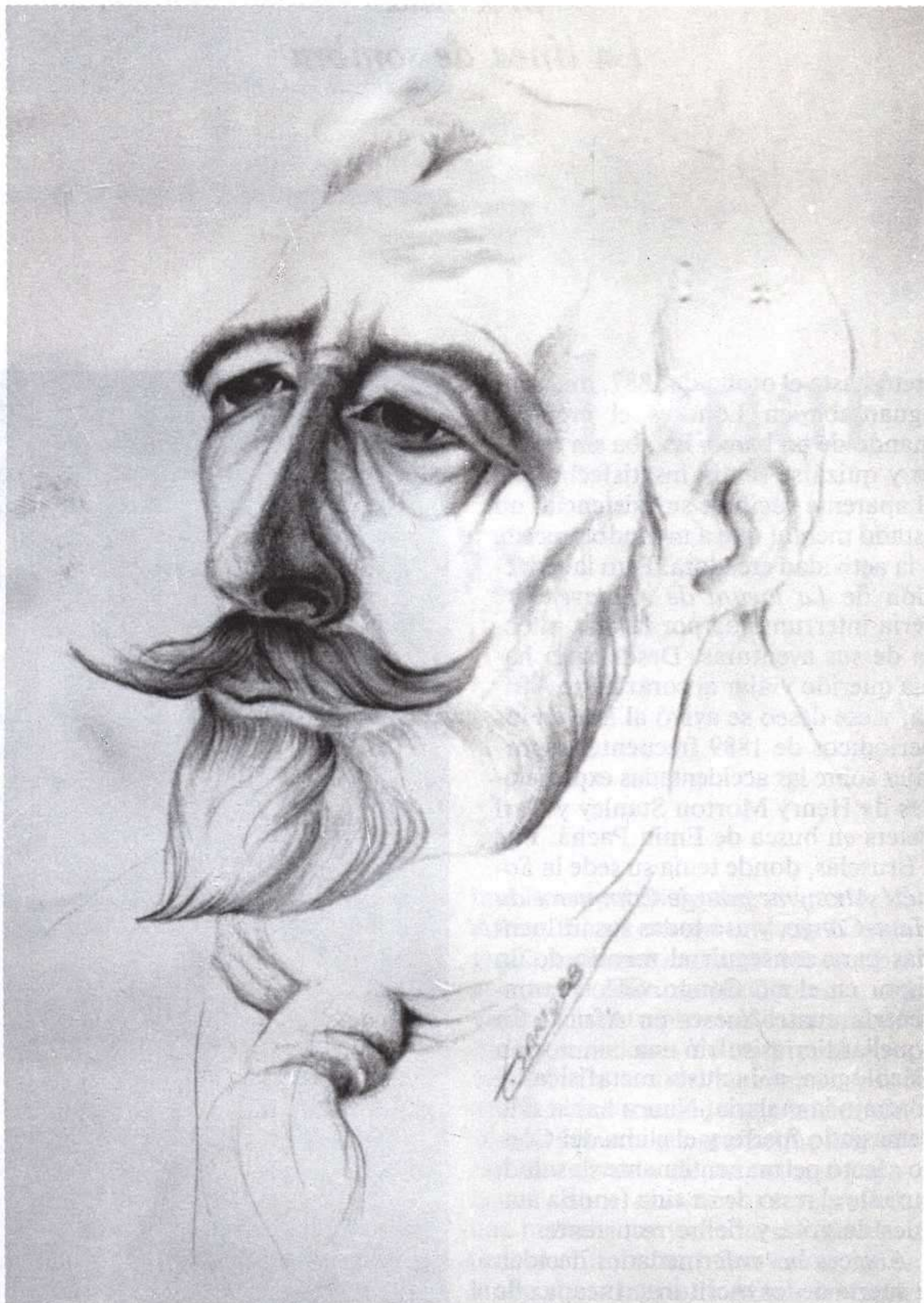
J.L. LARGO. JUVENTUD, LA LÍNEA DE SOMBRA. ANAYA, 1989.

lativo de escritor del mar. «No deseo aburrirle con una discusión de principios —escribió hacia el final de su vida a un amigo—.»⁽⁴⁾ Pero todas esas narraciones mías que transcurren en el mar pueden considerarse desde otro punto de vista. En *El negro del «Narcissus»*⁽⁵⁾ muestro la psicología de un grupo de hombres al tiempo que ciertos aspectos de la naturaleza, pero el problema que les afecta no lo suscita el mar, es un problema que surge a bordo de un navío, y al que una completa soledad y la ruptura de todo vínculo con tierra prestan una fuerza y un colorido peculiares. El núcleo de mis restantes obras es siempre el retrato de un hombre o de un grupo, o la narración de algún suceso. El único libro que he escrito sobre el océano, el único tributo ofrendado a esa vida marinera que viví a mi modo es *El espejo del mar.*»⁽⁶⁾

—No mire usted eso, hablemos de literatura —le dijo a André Gide, que lo había traducido al francés y se había detenido ante la imagen, enmarcada en el vestíbulo de su casa, de un soberbio velero.

Conrad no consideraba al mar como a un amigo ni como a un enemigo, sino como un escenario donde se ponían a prueba el carácter y el talento individual, y los ideales de lealtad al barco y solidaridad entre los miembros de la tripulación. El deber del escritor se le antojaba muy semejante al del marino, y sus cartas abundaban en referencias a la necesidad de trabajar lo más concienzudamente posible, describir exactamente lo que se ha visto, cuidar las frases como la tripulación baldea y cuida la cubierta y no esperar otra recompensa que el respeto de los iguales.

Sus afecciones reumáticas, que se avivaban en los momentos de esfuerzo o de crisis, le impedían escribir sin dolor. Murió de un ataque cardíaco en 1924, tras treinta años de intenso trabajo literario. La víspera había estado trabajando todo el día ante su mesa. Con frecuencia había descrito



JOSEPH CONRAD.

la muerte de los marinos en plena lucha. «Nadie puede decir qué pensamientos, qué aflicciones y palabras son las últimas de esos moribundos. Hay algo hermoso en el brusco tránsito de esos corazones, desde el paroxismo de la lucha y del esfuerzo, del increíble tumulto y desconcierto de la superficie, a la inmensa paz de las profundidades, que duermen invioladas desde el comienzo de los siglos.»⁽⁷⁾ ■

* Vicente Muñoz Puelles es novelista. Ha traducido y es autor de la edición del libro *Juventud. La línea de la sombra* de Joseph Conrad (Anaya).

Notas

1. *Notes on Life and Letters*, 1921. *Notas de vida y letras*, Ediciones del Cotal, Barcelona, 1981.
2. *Geography and Some Explorers*, incluido en *Last Essays*, 1926. Inédito en castellano.
3. *Almayer's Folly; a Story of an Eastern River*, 1895. *La locura de Almayer*, Montaner y Simón, Barcelona, 1925.
4. *Carta a Henry Canby*, 7 de abril de 1924.
5. *The Nigger of the «Narcissus»; a Tale of the Forecastle*, 1898. *El negro del «Narcissus»*, Montaner y Simón, Barcelona, 1932.
6. *The Mirror of the Sea; Memories and Impressions*, 1906. *El espejo del mar*, Hiperión, Madrid, 1981.
7. *Ibidem*.